

El diablo en la botella y La puerta del señor de Malétroit

Robert L. Stevenson

Prólogo: Ángela Pradelli

Estudio: Fernando Sorrentino

loqueleg

Por Ángela Pradelli

El lector como destino

Ese año éramos las dos nuevas y los primeros días estábamos solas en los recreos y nos sentíamos bastante perdidas entre tantos compañeros desconocidos a los que además nos costaba acercarnos. Pero a las dos nos gustaba leer, así que, además de la soledad, en seguida nos unió también la lectura. La lectura y los libros.

Una tarde, mientras volvíamos caminando, mi amiga y yo decidimos crear una biblioteca.

Algunos escritores suelen contar que en la biblioteca del abuelo tenían, completa, la Literatura universal y sólo era cuestión de abrir una puerta familiar para encontrar a todos los autores. Otros narran visitas frecuentes a un tío, en cuya casa las paredes estaban revestidas de libros y libros a los que siempre tenían acceso. Los que tuvimos abuelos sin biblioteca o parientes sin sala de lectura hicimos, en cambio, otros descubrimientos menos privados y anduvimos de biblioteca en biblioteca para aplacar la sed de libros que teníamos. Eran bibliotecas públicas, escolares, municipales o vecinales, de donde nos llevábamos un

libro tras otro, que elegíamos con criterios siempre distintos y muchas veces azarosos. Pedíamos un autor porque le había gustado a un amigo, o porque después de recorrer los estantes un título se imponía sobre el resto. A veces elegíamos también por la tapa. Creo que fueron contadas las veces que me llevé un libro por recomendación de alguna bibliotecaria pero ahora que lo pienso esos rechazos a las sugerencias oficiales deben de haber sido puro capricho probablemente. Y así como rechazaba esas sugerencias, por alguna razón jamás había sacado de ninguna biblioteca un libro de Stevenson. Varias veces se me había cruzado entre las manos pero siempre me decía que lo leería más adelante y eso mismo les repetía a las bibliotecarias cada vez que me lo sugerían.

"¿Y en dónde vamos a poner la biblioteca?", le pregunté a mi amiga aquella tarde antes de separarnos. "En mi casa", me contestó ella. Por suerte su madre se lo prohibió. Era una española tan limpia y prolija como no he conocido nunca a nadie en la vida y era lógico que para esa mujer, que vivía en un universo impecable y reluciente a fuerza de lavandinas y trabajo, los libros sólo significaran polvo, suciedad, turbación, y la trastornaran. Así que teníamos que instalar la biblioteca en mi casa, y decidimos que el mejor lugar sería mi cuarto. Pero necesitábamos libros y socios, y un día salimos a buscarlos: vecinos de la cuadra, los amigos de nuestros padres, comerciantes del barrio, dentistas y farmacéuticos, y en seguida toda persona que se nos cruzara. La única condición para inscribirse era la donación de tres libros de Literatura contra entrega de los cuales les dábamos un

carné de cartulina que habilitaba a retirar un ejemplar por una semana. En unos pocos días hicimos varios socios pero también, y esto era lo único que nos importaba, juntamos unos cuantos libros. Un sábado compramos en la librería varios pliegos de un papel barato con el que forramos todos los ejemplares. Después vaciamos buena parte de mi placard y ubicamos los libros en los estantes. Desde el principio tuvimos la impresión de que muchos de los socios habían aprovechado la inscripción para limpiar sus bibliotecas, pero lo cierto es que mientras ellos hacían limpieza nosotras nos alzábamos con libros que nunca tendríamos que devolver. Varios tomos de la colección Robin Hood, *El matadero* y *La cautiva*, novelas de autores a los que nunca habíamos oído nombrar, antologías de cuentos latinoamericanos, algo de poesía, piezas teatrales de Chéjov, unas pocas biografías, el *Martín Fierro*, Robert Louis Stevenson, *Don Segundo Sombra*, Borges, Alejandra Pizarnik, un diccionario, Walt Whitman, Ernesto Sábato, *Mujercitas*, Roberto Arlt. Por algún tiempo se acabaría para nosotras el peregrinaje por las bibliotecas cercanas.

Pronto descubrimos que los libros de Stevenson eran los más donados por los socios. Y más, en aquellos estantes Stevenson era el único autor que se repetía. *La isla del tesoro* —del que tuvimos varios ejemplares de diferentes ediciones y todos estaban gastados—, *El diablo en la botella*, *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, un libro de fábulas, un tomo de poemas que tenía una tapa verde con letras doradas y los *Cuentos de los mares del sur*, un ejemplar de tapas blandas y hojas gruesas y amarilleadas de lecturas y vejez.

El día que terminamos de ordenar, mi amiga y yo nos paramos frente a los estantes repletos de libros y permanecemos en silencio leyendo los lomos en los que habíamos pegado una etiqueta con el título y el autor de cada ejemplar. Tantos libros y todos allí al alcance de las manos.

Aquella tarde en Burzaco, paradas frente a un puñado de estantes con libros forrados con papel barato, tal vez las dos sintiéramos que estábamos frente a la biblioteca de Alejandría.

Lo cierto era que Stevenson, a quien yo había evitado de un modo u otro durante mis itinerarios por las bibliotecas cercanas, ahora estaba ahí, con una presencia que me resultaría ineludible cada vez que entrara a mi cuarto. Stevenson —no lo pensaba en ese momento pero lo pienso ya desde hace un tiempo— es casi un destino. En algún momento de su vida el lector abrirá un libro de Stevenson y empezará a leerlo porque este narrador inglés, desde hace más de ciento cincuenta años, como un sino, está siempre en el recorrido de nuestras lecturas, y espera paciente. A Stevenson lo leen los chicos, pero hay también muchos adolescentes que recién acceden a sus historias en el colegio, de la mano de los profesores de Literatura que lo incluyen en sus programas de estudio. Hay también quienes abren un libro de Stevenson por primera vez cuando son adultos, en algunos casos para leerles historias a sus hijos.

En los días y las noches que siguieron —lo fantástico de aquella biblioteca era que estaba siempre abierta— también se sucedieron para mí las lecturas de sus libros y un descubrimiento que aún hoy conservo inalterable: Stevenson era uno de los mejores contadores de historias.

Por aquellos días pasé muchas horas leyéndolo pero, a diferencia de la mayoría de los lectores que gustan de sus libros por el género de aventuras o los temas fantásticos, no era ni una cosa ni la otra lo que más me atraía de Stevenson. Tampoco era la trama lo que me impactaba. Había algo en los relatos que hacía que yo quisiera leer las historias de principio a fin. ¿Qué tenía Stevenson que ejercía un magnetismo tan fuerte? Lo supe después: su poder está en la prosa. Sus páginas son lecciones de estilo. La justeza de las oraciones es lo que organiza los hilos de una escritura de precisión en un tejido sin agujeros.

Por aquellos días y noches y dentro de aquella biblioteca nuestra, mi experiencia con los libros de Stevenson fue de una entrega total. No tenía conocimiento alguno de la vida del autor más allá de lo que las solapas y contratas informaban. Que había pasado buena parte de su vida enfermo de tuberculosis y que había muerto a los cuarenta y cuatro años. Más tarde, y tal vez por entonces ya ni existiera nuestra biblioteca, conocí algunos otros datos del autor. Que era rebelde, que tenía amigos pandilleros que sus padres desaprobaban y con los que a él le gustaba compartir vino y tabaco y a quienes les prestaba dinero con gran generosidad, privándose él mismo de ciertas comodidades básicas. Que a veces supo tener tal aspecto de vagabundo que llegaron a confundirlo con un pordiosero. Que se enamoró de Fanny, una norteamericana casada que tenía dos hijos, a quien siguió hasta California sin que sus padres supieran y con quien finalmente se casó y se fue a vivir a Samoa, una isla del Pacífico, donde los nativos, que lo admiraban, lo llamaban *Tusitala*, que quiere decir narrador de historias.

No recuerdo cuánto duró nuestra biblioteca pero todo aquel tiempo fue una gloria verdadera porque, como los socios no retiraban nunca ningún ejemplar, tuvimos siempre todos los libros para nosotras dos solas y leíamos sin parar.

Hace tantos años que no veo a aquella amiga de los libros, pero hay algo de esta historia que continúa desde entonces. Desde aquellos días, cada vez que entro a una biblioteca busco a Stevenson en los estantes. Y casi siempre lo encuentro. El destino. Y Tusitala. A la espera de un lector, una lectora, que se crucen con él, abran uno de sus libros y lo lean.

El diablo en la botella

En la isla de Hawaii vivía un hombre a quien llamaré Keawe, porque la verdad es que todavía vive y su nombre debe mantenerse en secreto. El lugar de su nacimiento no estaba lejos de Honaunau, donde los huesos de Keawe el Grande se hallan ocultos en una cueva. Este hombre era pobre, valiente y activo; sabía leer y escribir como un maestro de escuela, y también se destacaba como marino, pues había navegado mucho tiempo en los vapores de la isla, y llegó a ser piloto de un barco ballenero en las costas de Hamakua. Un día Keawe quiso conocer más el mundo y visitar ciudades extranjeras, y se embarcó en una nave rumbo a San Francisco.

Ésta es una magnífica ciudad, con un gran puerto y habitada por mucha gente de fortuna. Hay en ella una colina muy especial, cubierta de palacios. Cierta vez Keawe estaba dando un paseo por esa colina, con los bolsillos llenos de dinero y mirando con placer las lujosas mansiones. “¡Qué hermosas casas hay por aquí —pensaba—, y qué felices deben de ser sus ocupantes, sin preocuparse por el futuro!”. En esto iba pensando, cuando llegó ante una casa más pequeña que las otras,

pero tan bien terminada y tan bella como un juguete. Sus escalones relucían como la plata, los linderos del jardín florecían como guirnaldas, y las ventanas brillaban como diamantes. Keawe se detuvo, maravillado ante la belleza de la construcción. Al detenerse, advirtió que un hombre lo miraba desde una ventana; se veía tan claramente que Keawe podía contemplarlo como se ve un pez en las tranquilas aguas de un arrecife. El hombre era maduro, calvo y de barba negra, y en su rostro se notaban las huellas de una gran tristeza. Suspiraba en ese momento con enorme amargura. La verdad es que, así como Keawe miraba al hombre de la ventana, el hombre lo miraba a él, y cada uno envidiaba al otro.

De pronto el hombre sonrió y le hizo a Keawe una seña para que se acercase, mientras se encaminaba hacia la puerta de la mansión.

—Ésta es mi hermosa casa —le dijo el hombre, suspirando—. ¿No le gustaría verla por dentro?

Keawe aceptó la invitación y el hombre le mostró la vivienda desde el sótano hasta la azotea, dejando a su visitante atónito ante tanta perfección.

—Realmente —opinó Keawe— esta casa es preciosa. Si yo viviese en un lugar así, me reiría todo el tiempo. Dígame, entonces, ¿por qué suspira a cada instante?

—No hay ninguna razón para que usted no tenga una vivienda como ésta, y mejor aún, si así lo desea —le dijo el desconocido—, pues supongo que usted tendrá dinero.

—Tengo cincuenta dólares —replicó Keawe—, pero una casa como ésta vale mucho más que eso.

El hombre sacó cálculos mentalmente y continuó: